

¿De qué tienen miedo los niños?

Bernard Nominé

Donostia marzo 2016

El miedo es un afecto muy común en los niños, no es nada patológico, hasta saben y han comprobado que a los niños les gusta asustarse los unos a los otros. Pero ocurre que un miedo se vuelva patológico cuando se especifica, se sistematiza de modo infundado. Luego el miedo se hace fobia, llama la atención de los padres y luego es motivo frecuente de consulta. El primer niño analizado fue aquel Juanito analizado por Freud con ayuda de su padre. Juanito tenía fobia a los caballos. Hoy equiparare este caso famoso con el de una niña inglesa que tenía miedo a los perros. A menudo los niños tienen miedo a unos animales: perros, lobos, arañas, ratones, serpientes, tigres...No son forzosamente animales reales, a menudo se trata de un animal inventado, visto en una pesadilla, en la página de un libro o en un cartoon.

Pero hay otros miedos, el miedo a la oscuridad de la noche, el miedo a las personas extranjeras, o el miedo a la escuela; cuando se manifiesta como verdadera fobia escolar, es un síntoma algo preocupante, tanto más preocupante cuanto que ocurre en un joven adolescente por ejemplo.

Uno podría pensar que los miedos en el niño han cambiado mucho desde que Freud los analizó a principios del siglo Veinte. Uno podría pensar que el niño de hoy que es acostumbrado a ver la tele muy temprano, que ve un montón de cartoons a veces violentos, debería de ser curtido. Pero, en realidad los miedos del niño no han cambiado mucho desde los principios del siglo veinte.

Lo que más cambió desde esa época, es el estatuto mismo del niño. Los adelantos de la medicina que permitieron que la muerte infantil retrocediera, que permitieron la contracepción, los cambios a nivel de la ley que legalizó el aborto, todo eso llevó a que el niño que nace hoy en día es un niño deseado. El niño ya no es un hecho natural que se impone, es objeto de una elección, de un deseo. Y eso tiene efectos a nivel de la psicología del niño. Pero no creen que eso deje a los niños más asegurados, más tranquilos. Ser objeto de un deseo marcado no conlleva que el niño sea más feliz, menos angustiado. Más que nunca los niños interrogan el deseo del Otro que les dio a luz y que los cría y eso no los deja forzosamente tranquilos.

Hay una lectura que les recomiendo, el libro de un sociólogo francés Paul Yonnet cuyo título es: *El retroceso de la muerte, el advenimiento del individuo contemporáneo*. Es interesante notar que los miedos del niño tienen poco que ver con el miedo de la muerte como fenómeno real. Si la amenaza de muerte ha retrocedido y si el niño es ahora un niño asegurado de haber sido deseado, no por eso el miedo ha retrocedido en él. Ya lo veremos más adelante, la fobia no tiene nada que ver con la angustia frente a la muerte.

Pero antes de desarrollar el tema de la fobia en los niños, me parece importante equipararla con otro término, más bien parecido y muy de moda hoy en día: el pánico.

¹ Paul Yonnet : le recul de la mort ; l'avènement de l'individu contemporain Gallimard 2006.

El ataque de pánico hoy ha reemplazado la crisis de angustia. Es interesante notar que la palabra *pánico* fue de origen un adjetivo que caracterizaba el miedo pánico desencadenado por las apariciones en el bosque del Dios Pan, medio hombre, medio macho cabrío, que aterrorizaba a las ninfas en la mitología griega. Esa etimología nos recuerda la dimensión colectiva del pánico.

Así pues el concepto de pánico no es bien adecuado para describir el terror de un individuo. Se solía más bien usarlo para describir un terror repentino e irracional, a menudo colectivo. El pánico es un pavor contagioso que impacta a una masa y la desorganiza. Basta con que unos en la muchedumbre hayan percibido un peligro y se apresuren hacia la salida para que todos sienten pánico. Es el miedo de unos que crea el miedo en los demás. Si leen estudios sobre el tema del pánico, son estudios sociológicos, verán que hay un elemento esencial, es la idea de una huida posible frente al peligro. Por eso, en cualquier sala que alberga a un público, tenemos marcadas las salidas de emergencia. La idea de que haya salidas de emergencia tranquiliza; pero es un arma de doble filo porque el pánico surge cuando se sabe que hay que apresurarse hacia la salida. Cuando se sabe que no hay salida ninguna, como por ejemplo en los submarinos, no hay movimientos de pánico.

Ese componente de la huida me parece interesante de subrayar porque en la sintomatología del ataque de pánico que los psiquiatras describen, el sujeto aterrorizado sólo piensa en una cosa: huir. Por eso el pánico se desencadena en lugares de los que no se sale fácilmente. Con esa referencia sociológica, vemos que la huida no es la buena solución, porque a veces genera el pánico. Es lo que observamos en nuestros pacientes angustiados: cuando ceden al pánico y huyen ante el peligro imaginado, refuerzan la idea del peligro y acaban por no poder salir de casa. En cambio, los que eligen enfrentarse con su angustia pueden comprobar que el peligro no existía y pueden seguir adelante. El psicoanálisis prefiere sostener al sujeto frente a su angustia.

Para acabar con esa dimensión colectiva del pánico, es interesante ver cuál es el tratamiento para evitar el pánico en masas como el ejército, la guardia civil o la policía. Son masas estructuradas de tal manera que no se favorece el contacto directo ni el intercambio entre los individuos. Pero cada individuo se relaciona con su jefe que le da órdenes. Es decir que para evitar el pánico, la masa tiene que ser muy organizada y confiar en su jefe. Así pues, la estructura de la masa, tipo ejército, es un modo de evitar el pánico que llevaría a la anarquía.

Ahora veamos la vertiente individual del pánico. Si se puede hablar de pánico a nivel individual, es en la medida en que el sujeto que siente pánico pierde, por un momento, la sensación de cohesión de su ser. Si él trata de huir no es frente a un peligro mortal, sino frente al peligro de perder la razón y de mostrarse así delante otros. A fin de cuentas, el ataque de pánico no es sino una crisis de angustia. Quizás tendríamos que guardar el término de pánico para situaciones que dan a pensar que el lazo del sujeto con su ser, con la imagen de su ser, corre riesgo de deshacerse. Eso puede ser un fenómeno elemental prueba del desencadenamiento de una psicosis.

Si el ataque de pánico indica una desunión entre el ser y su imagen o, dicho de otro modo, una falla que se abre entre el sujeto y su cuerpo, ya veremos que la fobia es una señal que avisa al sujeto que se está acercando a ese tipo de peligro.

Lo que sabemos, respecto a la fobia, lo sacamos de la observación de aquel Juanito relatada por su padre y analizada por Freud. Juanito es un varoncito que fue durante tiempo la mascota de su madre. Se sabe que no la dejaba jamás, la seguía en cualquier parte, hasta siquiera al baño. Esa madre se enorgullecía con su varoncito y todo salía a pedir de boca para él hasta el día en que naciera una hermanita. La llegada de esa competidora lo arrojó de su sitio de mascota de la madre y a esa intrusión se añadió otra desventura, cuando Juanito experimentó su primera erección, se la mostró a su madre, la cual lo rechazó secamente. A la madre que se interesaba por el pajarito de su hijo no le venía bien darse cuenta de que el animal haya crecido. Entonces la madre lo rechazó diciendo que era una porquería.

Entonces lo que desencadenó la fobia a los caballos en Juanito, es el momento en que él tuvo que arreglárselas con el goce de su órgano que lo arrojó de su lugar, digamos, de falo imaginario de la madre. Juanito tiene fobia a los caballos, no a cualquier caballo, sino a los caballos enganchados a una carreta que cocean, que se despatarran y que hacen barullo. Esa imagen del animal enloquecido que trata de soltarse del enganche, a Juanito le venía bien para nombrarlo que sucedía a nivel de su órgano que dejaba de quedarse tranquilo enganchado al deseo de la madre. El goce que surge en ese pedacito de cuerpo le arroja de su sitio y luego él tendrá que buscar otras marcas para orientarse en el mundo.

Bien se sabe que, a ese nivel, la señalización fóbica es muy eficaz. La eficacia de la fobia estriba en su función de nombrar el peligro. Esa función de la fobia es interesante y me permite en un primer tiempo subrayar que la fobia no se relaciona con un objeto tal como uno suele pensarlo, la fobia se relaciona con una imagen que pronto se vuelve puro significante. La angustia, ¿si que tiene su objeto! Aquí hay una paradoja porque la psiquiatría clásica solía definir la angustia como un miedo sin objeto. Al revés, el psicoanálisis revela que el sujeto se angustia frente a un objeto, pero es un objeto real, es decir imposible de imaginar ni de nombrar; es el objeto al cual se reduce el sujeto angustiado: el objeto del deseo o del goce del Otro. No hay significante ninguno para nombrar ese objeto. Entonces el papel de la fobia es el de buscar un significante que da miedo para sustituir el objeto de la angustia.

En un segundo tiempo quiero subrayar que si la fobia cumple la función de nombrar, ella se relaciona ciertamente con la función paterna. El padre, en nuestra teoría, cumple la función de nombrar, es aquel nombre del padre.

Pues bien, veremos que para hacer una fobia, es preciso tener cierto modelo de padre. Eso nos lleva a considerar la fobia del lado de la neurosis, mientras que a veces hay fobias que aparecen como señal de una posible psicosis. Piensen por ejemplo en el caso famoso del llamado *Hombre de los lobos* analizado por Freud. Padeció fobia a las mariposas, en un primer momento, luego fobia a los lobos y al final apareció una dismorfofobia llamativa que demostraba la estructura psicótica del paciente. Noten que en la psicosis un solo significante no basta para asegurar la función de nombramiento de la fobia. Podríamos decir que, de cierto modo, en la psicosis, la estrategia fóbica fracasa.

Entonces creo que cuando una fobia específica aparece y se mantiene, es más bien un síntoma neurótico. Si Freud consideraba la fobia como una neurosis específica que llamaba *histeria de angustia*, Lacan, en cambio, no veía en la fobia una estructura neurótica específica, la consideraba como plataforma giratoria que puede desembocar, sea en una neurosis histérica, sea en una neurosis obsesiva, sea en una perversión. De ningún modo consideraba que la fobia pudiera desembocar en una psicosis.

Es preciso tener una función paterna mínima para poder elaborar una fobia. El caso Juanito lo demuestra claramente. El padre de Juanito contribuyó mucho en la elaboración de la fobia de su hijo. Sin la ayuda cuidadosa de su padre, ¿Juanito hubiera logrado construir una fobia tan linda? Es preciso que haya algo del padre para construir una fobia, pero, ¿Cuál tipo de padre?

La función paterna se funda en tres vertientes.

El padre imaginario. Es la figura del padre en la que uno quisiera creer. Puede ser el Papa Noel o los reyes magos, para la mayoría de los niños que esperan del padre bondad y regalos. Pero el padre imaginario también puede asemejarse al Père fouettard, el padre Azotes que se encarga de los niños desmandados. En Endaya, se celebra justo antes de navidad una figura mixta, la de Olentzero, que a la vez da miedo porque está sucio tal como cualquier carbonero pero en realidad es bueno y proporciona golosinas a los niños pobres. Hay niños que tienen que inventar la figura de un padre terrible así pueden prescindir de asustarse con el lobo, el payaso el perro o yo que sé.

El padre simbólico. Es el padre reducido a la función simbólica de su nombre, el padre que nombra y que dice que no. El padre simbólico ha de ser impecable porque responde de la ley. A ese nivel, dado que se trata de lo simbólico, un padre aunque muerto conviene.

El padre real. Es el padre considerado en su función real, o sea su función de excepción. Es el único en poder gozar de la madre y el único en poder hacerla gozar. El padre real, es la función del padre que atañe esencialmente a la madre, y más precisamente a la mujer que la madre es. Esa función real del padre solo interviene a nivel del niño como agente separador. Es por estar realmente en una relación de goce con la madre, que el padre prohíbe el acceso del niño al goce de la madre.

Entonces, apoyándose en el estudio de Freud, Lacan deduce que en el caso Juanito la función real del padre es debilitada. En cambio, no hay ningún problema a nivel del padre simbólico. Lacan nota que el padre se empeña en enseñarle a su hijo lo que él mismo aprendió de Freud, o sea el Edipo. Pero eso no sirvió sino para nutrir la fobia de Juanito. Hasta incluso el padre se hace agente de la castración al explicarle a su hijo que no teme la mordedura del caballo blanco, sino la molestia causada por su pene cuando lo toca demasiado en cama. De inmediato Juanito contesta que un pene no muerde. Aquí se ve que la palabra del padre no surte efecto en el niño, quizás porque esa interpretación del padre no es para nada un decir del padre sino una referencia al saber estudiado en Freud. Aquí vemos que el agente de la castración no es el padre simbólico, es el padre real.

Así pues, creo que para hacer una fobia, hace falta un padre más bien debilitado a nivel de lo real pero más bien sólido a nivel simbólico.

Ahora volvamos al caballo de Juanito.

La elección del caballo como significante de la fobia aquí está para representar la relación difícil de Juanito con su órgano que se echa a morderlo y a desplazarlo del lugar en el que se sentía cómodo. Luego a Juanito le hace falta el caballo para orientarse cuando sale a la calle porque Juanito tiene que hacer pasar su pene que no era sino un valedor imaginario para su madre al rango del falo simbólico.

Luego la relación de Juanito con el significante de su fobia es una relación de sentido; el caballo es causa de todo. Puede cumplir la función de un comodín, la carta que uno puede usar para

sustituir otra que falta. Aquí la carta que falta es la del Rey a quien se supone que sabe arreglárselas con la Reina. Gracias a ese comodín Juanito puede enganchar su órgano y el goce que le molesta a un sentido. En eso está encarrilado por las sugerencias de su padre, un padre que tanto más se empeña en poner a su hijo en el camino del sentido cuanto que es insuficiente en su función de padre real que podría orientar a su hijo en las vías que hay que tomar y las que hay que evitar.

Si Juanito tiene que usar su comodín, es porque le hace falta la carta de mayor importancia que le permitiría asumir su virilidad. Esa carta mayor, es el falo simbólico, pero hace falta haberlo heredado de un padre que hubiera cumplido con su función y usar esa carta conlleva, para el hijo, la castración.

El complejo de castración en el varón puede enunciarse así: “no es el pene lo que me otorga el significante de mi virilidad.” Es precisamente el punto en el que Juanito tropieza. Juanito ha supervalorado ese apéndice que le otorga un lugar codiciado junto a su madre. Y luego le cuesta pensar que ese apéndice pueda faltarle a alguien. Todos los seres vivientes deben de tener uno, según dice. Entonces el pene tiene un valor imaginario. Pero cuando ese pene escapa de su dominio, se vuelve pedazo real amenazando la consistencia de la imagen narcisista.

Entonces es un traumatismo: el varoncito considera su pene como si fuera exterior a su cuerpo. *“Ningún varoncito experimenta jamás que ese pene le sea atado naturalmente. Considera siempre el pene como traumático, es decir que piensa que está fuera del cuerpo.”*

Por eso la imagen del caballo que se embala y quiere soltarse del enganche, tanto ha impactado a Juanito. De repente considera su pene *“como una cosa apartada, como un caballo que se echa a levantarse y cocear.”*

Una vez planteada esa equivalencia imaginaria entre pene y caballo, se tratara de domar la cosa con palabras: eso es la función de la fobia. Gracias al significante, la estrategia fóbica engancha el caballo a cualquier tipo de causa. Eso produce sentido e inclusive cierto gozar del sentido que conviene para justificar el goce fálico del órgano. Con su fobia, Juanito trata de dar sentido a lo real del goce del órgano.

De todo eso podríamos concluir, de momento, que la fobia trata de resolver la cuestión del goce fálico. Ese goce, aunque no conviene para la imagen ideal narcisista, sin embargo tiene que ser estibado a la realidad del sujeto, tanto más que es masculino. Lo que estiba naturalmente el goce fálico, es el modelo encontrado del lado de lo real del padre, o sea quien sabe arreglárselas con ese órgano para hacer de él el símbolo del goce que conviene y así merecer amor y respeto. A falta de ese modelo del padre real, hay que buscar otro remedio para estibar el goce fálico a la imagen del cuerpo. Eso es lo que la fobia trata de realizar por medio de cuantas significaciones encontradas para enganchar un significante al objeto que angustia.

Ahora, vale decir que todo el desarrollo que podemos hacer respecto a la fobia, lo sacamos del caso Juanito, y luego hemos tomado el punto de vista del varoncito. Sin embargo la fobia no perdona a las chicas, ni mucho menos!

Por eso me dedicare a continuación al estudio de un caso de fobia en una niña.

Se trata de Sandy, esa chiquita de dos años de edad, atendida por Anneliese Schnurmann, alumna de Ana Freud, que trabaja de educadora en una guardería en Londres durante la pasada guerra.

Sandy nació en noviembre del año 42 en Londres y su historia no puede desvincularse de la historia de Londres durante la segunda guerra mundial. En esa época, Londres padeció oleadas de bombardeos nocturnos entre y 40 y 41, y en marzo del 44, los alemanes inauguraron tiros de misiles, aquellos V1, llamados bombas volantes a las que se hace referencia en la observación del caso. Si los ecos de esa realidad espantosa se oyen en el relato del caso, podríamos decir que la fobia logra ocultar ese entorno hostil.

Sandy nació mientras su padre acababa de fallecer en un accidente de carretera. La madre de Sandy tuvo que hacer frente a la situación, al trabajar como chofer de ambulancia, y luego como oficial de enlace motorizado. Sus tres hijos fueron llevados a instituciones, una hija mayor, un hijo y la menor, Sandy albergada en una guardería desde las 7 semanas de vida.

Se nos dice, a principios de la observación, que la hermana mayor falleció de meningitis cuando Sandy tenía dos años. Pero curiosamente la autora no señala ninguna consecuencia de ese drama ni en la madre, ni en la chiquita. En la observación, asistimos a la aparición de la fobia en una chiquita de dos años y media de edad. Tres acontecimientos significativos anteceden el desencadenamiento de la fobia.

El primero es el descubrimiento de la falta fálica en diciembre del 44, a los dos años y un mes de edad. La niñita quiere imitar a los varoncitos al orinar de pie, la terapeuta le explica que sólo los varones pueden orinar de pie. Al cabo de un mes, ella deja de pensar en el asunto.

El segundo acontecimiento ocurre en marzo del 45, a los dos años y 4 meses. Una primera ausencia de la madre durante tres semanas para una intervención quirúrgica; la chiquita aguanta la ausencia de la madre. Luego la madre vuelve andando con dificultad, ayudándose de un bastón. Vuelve dos tardes seguidamente y luego desaparece de nuevo para su convalecencia. *“Sandy no mostro ningún signo de desamparo.”* Escribe la autora. Sin embargo al final del caso, una vez expuestos los datos clínicos, Anneliese Schnurmann se dedica a interpretarlos y entonces es cuando escribe que *“Sandy debía de haber percibido que algo terrible le había sucedido a la madre y que su cuerpo había sido afectado.”* En ese *algo terrible*, tal vez podemos entender una referencia al drama del fallecimiento de la hija mayor porque sucedió en esa época, pero no es nada explícito.

El tercer acontecimiento es un episodio traumático, respecto al descubrimiento del interior de su sexo. *“A principios de abril, mientras yo estaba bañándola, Sandy se puso un pedazo de jabón en el sexo. Fue muy trastornada y aterrorizada por el dolor que le provocó y necesitó tiempo para calmarse.”* A ese acontecimiento hace falta añadir que en esa época Sandy ya no necesitaba pañales de noche y la educadora había notado que Sandy había empezado a masturbarse.

Justo después del relato de ese episodio en la bañera, la terapeuta relata la pesadilla con la que empieza la angustia y a continuación la fobia.

Una angustia en el momento de ir a la cama antecede la pesadilla. Se nos dice que le asustó ver algo que se movía, colgado delante de la puerta. Parece ser una pesa que permitía tensar redes colgadas para proteger las camas superiores de los niños. Debido a los bombardeos los niños

solían dormir en un sótano que servía como refugio subterráneo. La niñera la lleva a ver la cosa, le enseña el sistema, eso la tranquiliza, vuelve a la cama, se adormece pero se despierta a mitad de la noche gritando que hay un perro dentro de su cama.

En la pesadilla la angustia delante del objeto extraño moviéndose se transformó en miedo del perro que estuviera en su cama. Es el primer paso hacia la construcción de la fobia.

El día siguiente, a la hora de dormir, la niña quiere salir de la cama pero se encuentra impedida por la red que la cubre. Grita: vámonos, vámonos, ya llega el perrito! Entonces ella se las arregla para que la acuesten en otra cama. Noten que al principio la cama asusta tanto como el perro. Noten también la importancia de la red que la impide salir de la cama. Aprovecho ese detalle para subrayar que el fóbico no soporta que algo o alguien le impida moverse. No soporta perder el dominio motor de su cuerpo. Cabe decir que controlar sus movimientos es una función del yo. En cualquier caso de fobia pueden encontrar esa angustia de perder el control motor del cuerpo. Lo que el fóbico teme es lo de no ser dueño de sus movimientos. Y si hay una experiencia inaugural que le demuestra al sujeto que no es dueño de su cuerpo, es la experiencia del goce.

A fin de cuentas, supongo que Sandy designa su cama - de la que no puede escaparse porque está cubierta por una red - como el lugar del que ella tiene que huir porque ahí es donde ella experimentó un goce que le hizo perder el dominio de su cuerpo. Y ese goce, ella lo nombra “*doggie* perrito”.

El 17 de abril, Sandy se angustia en el momento de tomar el baño examinando sus genitales. La educadora le explica que todo está bien por ahí, y que todas las chicas son así. Dicho de otro modo se le proporciona lo necesario para transformar su angustia en miedo a la castración. Y eso va funcionar.

Unos días después de la pesadilla, la educadora que acompaña a los niños a la escuela les advierte que tengan cuidado con el perro de la calle que puede morder si le asustan. Luego Sandy toma en serio esa advertencia y a pesar suyo hace la asociación entre el perro imaginario de su cama y el perro de la calle que puede morder. Así que unos días más tarde, Sandy se queja mostrando su entrepierna y dice “*mordida ahí.*” Eso encanta a la terapeuta que aquí ve la confirmación de su tesis: el perro es, para Sandy, responsable de su angustia de castración.

La fobia ha llegado al final de su construcción. La terapeuta anima a la niña a imitar el perro para dominar su miedo, entonces es cuando Sandy se niega y prefiere imitar al gatito. En otro momento, la niña ha escondido un objeto debajo de la manta de su cama; la educadora le pregunta: ¿qué es? La niña saca un perrito de peluche: ¡Ah veo que es un perro! No - contesta la niña - es un *pussy*, gatito.

Para nosotros, alumnos de Lacan, ese juego con el significante es muy llamativo. Bien sabemos que la eficacia de la fobia estriba en el significante. Aquí vemos que la chiquita se las arregla bastante bien con el significante. Casi se burla de su educadora. Si *doggie* es el significante que Sandy, animada por su educadora, eligió para circunscribir el objeto de su angustia, bien vemos que detrás de *doggie*, y asociado con él, hay *pussy*, Saben que así llaman en Inglaterra el sexo femenino. Entonces, mi tesis, por ese caso, es que el significante fóbico sugerido por la terapeuta, o construido con ayuda de la terapeuta, viene para tapar el lugar del goce problemático que la niña encontró por casualidad.

Aquí encontramos algo muy parecido a lo que Juanito nos enseñó, o sea que el desencadenamiento de la fobia se relaciona con el surgimiento de un goce que inquieta al niño y trastorna su realidad. Entonces, el significante fóbico viene como respuesta para sostener el complejo de castración.

Lo distinto en ese caso de fobia de la Inglesita, es que lo que destituye a la niña de su valor fálico, respecto a la madre, no es el surgimiento de ese goce inquietante. Por supuesto, la educadora que le sirve de madre de referencia la advierte que no es bueno masturbarse, y trata de tranquilizarla diciéndole que ella tiene todo lo necesario, que nada le falta, pero de ningún modo la rechaza como lo hizo la madre de Juanito.

Luego si la fobia le resultó necesaria, es que algo se rompió en el triángulo imaginario, y es el lazo de la madre con el falo imaginario. Ahí es donde algo nos falta en esa observación, y sólo podemos hacer suposiciones. La enfermedad de la madre, ese algo terrible que le sucedió, debe de ser la muerte de su hija mayor. Podemos suponer que ello pusiera a la madre enferma, que la hubiera alejado de su interés por el falo imaginario. El niño como real ya no puede simbolizar lo que falta imaginariamente a la madre, ya que en ese estado de duelo la madre perdió lo esencial: la falta que la hacía desear. Esa pérdida, sin duda vino a reactualizar la pérdida del compañero, el padre de Sandy, un padre altamente simbólico que el nacimiento mismo de la niña simbolizaba y que le otorgaba a la niña un valor fálico para la madre, pero un padre cuya ausencia no pudo desplazar a la niña de su lugar de la princesa heredera. Pero era preciso, sin embargo, que la madre se mantuviera deseante para que el triángulo funcionara.

Ese triángulo estriba en el hecho de que *“el niño en tanto que real para la madre, toma para ella la función simbólica de su necesidad imaginaria.”* Y para que ese ternario se mantenga es preciso que le abarque *“una organización del mundo que se llama el padre.”* Eso lo decía Lacan muy temprano. Pero cuando lo leo hoy, no puedo sino pensar en el nudo de la cadena borromeana, o sea en un aparato que Lacan usó al final de su enseñanza.

Luego podríamos decir que si falta el padre para asegurar el nudo entre los tres términos que plasman la realidad psíquica del niño, entonces hay que buscar otro medio, el del síntoma y especialmente el de la fobia para hacer que se sostenga el edificio. Luego entendemos que la fobia cumple la función de nombramiento y entendemos también que es ilusorio querer dar sentido a toda costa al significante fóbico preguntándose: ¿pero por qué el caballo, por qué el perro? Únicamente porque es preciso que haya un nombre que haga mantener juntos real simbólico e imaginario y que el sujeto pueda sostener su existencia en los momentos difíciles de su vida.